

DEBATE GENERAL DEL 78° PERIODO DE SESIONES
DE LA ASAMBLEA GENERAL DE LAS NACIONES UNIDAS

INTERVENCIÓN DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE
EL SALVADOR

SU EXCELENCIA NAYIB ARMANDO BUKELE

Martes 19 de septiembre de 2023

Sede de las Naciones Unidas, Nueva York

Desde la primera vez que vine a esta Asamblea, les he recordado la necesidad que tenemos de renovarnos y de reinventarnos.

Y no me refiero solo a este organismo o a esta Asamblea General, sino a todos los países, sobre todo, a los que tienen circunstancias similares a las nuestras.

Tampoco lo he dicho solo por decirlo, sino porque lo creo y porque en mi país eso estamos haciendo.

El Salvador, al igual que muchos países en vías de desarrollo, siempre ha soñado con ser grande.

Para algunos países, ese sueño, en algún momento, se vio posible. Para otros, como nosotros, era algo impensable. No creíamos que fuera posible ni siquiera acercarnos a él.

Incluso, creo que ninguna persona que está escuchando este discurso pensó alguna vez que podía pronunciar o escuchar el nombre de El Salvador como referente o ejemplo mundial de algo positivo.

Pero a pesar de todos los obstáculos, decidimos arriesgarnos. No aceptamos el destino que otros nos habían trazado.

Hoy, a 4 años del inicio de nuestro Gobierno, nadie puede, ni se atreve a negar que, por primera vez en sus 202 años de historia, el país más pequeño del continente americano ha dado los primeros grandes pasos para lograr su sueño de grandeza.

En muy poco tiempo, El Salvador pasó de ser la capital mundial de los homicidios, pasó de ser literalmente el país más peligroso del mundo, a ser el país más seguro de América Latina.

Ya no es una promesa. Es una realidad que están viviendo los salvadoreños y que cualquier extranjero puede ir a comprobar por sí mismo.

Por eso, muchos en el mundo están pendientes de lo que ocurre en nuestro país. Sobre todo en Latinoamérica, pero también en Estados Unidos y en otras partes, ven lo que sucede en El Salvador y se preguntan por qué en sus países eso no pasa.

La respuesta es sencilla: Deben tomar sus propias decisiones y reafirmar su derecho a usar el sentido común, a probar sus propias recetas, a ejecutar sus propios planes, a diseñar sus propios sistemas.

Ningún país tiene el derecho de imponer sus ideas, de imponerles su forma de hacer las cosas; menos, cuando éstas ni siquiera funcionan en nuestros países.

En cada una de las decisiones que hemos tomado, nosotros hemos reafirmado nuestro derecho legítimo a autogobernarnos, aunque eso hubiera significado equivocarse.

Pero no nos equivocamos. Tuvimos éxito, un éxito rotundo.

Así que no solo reafirmamos nuestro derecho a tomar nuestras propias decisiones, sino también nuestro derecho a tener la razón.

No hay una sola receta ni una sola fórmula que funcione para todos por igual. Pero creo que si hay un ingrediente que todas las recetas deberían de incluir, o al menos tener el derecho de incluirla.

Ese ingrediente es la valentía. Hay que tener la actitud, el valor y la determinación de hacer lo que se debe hacer, aún cuando otros te cuestionen o te critiquen.

Durante décadas, probamos todo lo que los demás dijeron que “era lo mejor para nosotros”.

Nos pusieron a luchar una guerra civil por una causa ajena a nuestra realidad, porque llevaron el conflicto entre Occidente y la Unión Soviética a nuestra tierra.

Más de 85 mil muertos y un país destruido después, nos dijeron que esa ya no era la receta. Que ahora había una nueva.

Así que firmamos unos falsos acuerdos de paz, que de paz no tenían nada y que solo sirvieron para que los dos bandos, que pelearon en la guerra, se repartieran el país, como si fuera un botín.

Intentamos con cada fórmula que nos dieron y nada funcionó.

Después, amparados bajo poderes extranjeros, le entregamos el país a la derecha.

Y luego, amparados también por agentes externos, le dimos el poder a la izquierda.

Así nos mantuvieron durante 30 años de posguerra, donde hubo más muertes que en la guerra civil, más pobreza y más violencia.

Nadie hizo nada por cambiar de raíz ni el sistema, ni las instituciones, ni mucho menos las leyes.

Todo lo que ocurrió durante esos años se hizo con el respaldo, la anuencia y la imposición de quienes siempre se han autodenominado grandes defensores de los derechos humanos y de la institucionalidad democrática.

En lugar de darnos medicina para sanar, nos estaban dando veneno. Pretendían que siguiéramos haciendo lo mismo que se hizo en el pasado. Pretendían que los mismos que nos habían saqueado y masacrado, siguieran gobernando, o al menos, compartiendo el poder.

Pero esta vez, les dijimos que no. Rechazamos su veneno y decidimos probar, por primera vez, con nuestra propia medicina.

Gracias a Dios, funcionó.

Lo primero que hicimos fue asegurarnos de estar del lado de Dios y del pueblo, porque ninguna transformación que valga la pena se puede dar obedeciendo poderes externos.

En segundo lugar, creamos nuestro propio método. Uno que estaba diseñado para nuestra realidad. Creado por los que vivimos, en carne propia, esa realidad.

Luego, el pueblo salvadoreño nos dio dos votos de confianza. Bueno, nos ha dado varios, pero estos quizás son los más importantes, hasta ahora.

El primero, fue cuando me eligieron a mí para ser su presidente. El segundo, cuando decidieron darnos gobernabilidad a través del órgano legislativo.

Sabíamos entonces que teníamos una obligación con el pueblo. Tomar las decisiones que hacían falta para arreglar nuestro problema más urgente, la inseguridad.

De poco servían los esfuerzos que estábamos haciendo en mejorar la salud o la economía, si seguían matando a la gente y los jueces y fiscales dejaban libres a los asesinos.

De poco servía transformar la educación, si desde las mismas cárceles las pandillas daban las órdenes para matar cobardemente a nuestra niñez y reclutar forzosamente a nuestra juventud.

No podíamos dedicarnos solo a invertir millones de dólares en construir y mejorar la infraestructura vial, si los salvadoreños no podían caminar libres por las calles.

Así que tomamos la decisión de depurar el ministerio público, el órgano judicial y el sistema carcelario. Además, cambiamos las leyes para asegurarnos de que los terroristas no salieran de nuevo de la cárcel.

Y fue en ese momento cuando comenzaron las condenas internacionales. Algunos países, algunos medios y algunos “expertos” iniciaron un ataque sistemático contra cada una de las decisiones que tomamos.

Personas que nunca usaron su poder e influencia para exigir seguridad por nuestra gente asesinada, de pronto estaban en contra de nuestras decisiones para detener esa masacre.

Países que nunca condenaron el asesinato de 30, 40 y hasta 50 salvadoreños por día, de pronto nos exigían explicaciones sobre por qué cambiamos al fiscal, a los magistrados y a los jueces.

¿No les parece absurdo que nos cuestionaran por eso?

¿De quién es la responsabilidad de la política de seguridad interna, en cualquier país del mundo?

Es la responsabilidad del órgano ejecutivo, quien actúa a través de las fuerzas de seguridad del Estado y del sistema penitenciario; en cooperación con el ministerio público y el órgano judicial.

Era una condición indispensable que todos trabajaran articulados y alineados hacia un mismo lado, para que el plan funcionara.

Si hubiésemos dejado al fiscal general, a los magistrados de la sala constitucional y a los jueces que muchos protegieron y por quienes otros hasta emitieron condenas cuando los removimos, seguiríamos siendo la capital mundial de los asesinatos.

Si los hubiéramos escuchado, seguiríamos perdiendo miles y miles de salvadoreños a manos de los terroristas.

Gracias a Dios no les hicimos caso. Cada una de las decisiones que hemos tomado nos trajeron a este momento: hoy El Salvador compite con Canadá, por ser el país más seguro del continente.

No solo somos el país de América Latina con menos homicidios per cápita, por mucho, sino que hemos reducido al mínimo todos los delitos.

La gente ya puede caminar por calles que durante mucho tiempo estuvieron prohibidas por las pandillas. Los negocios ya no pagan extorsiones, y los niños ahora pueden salir a jugar en los parques sin miedo a que los recluten o los maten.

Son cosas que a muchos de ustedes les sonarán como básicas o cotidianas, pero en mi país no existían.

Nos criticaron y condenaron por cada una de las decisiones que tomamos en aquel momento. Intelectuales, periodistas, políticos y organizaciones de todas partes se enfrascaron en un debate sobre lo que estábamos haciendo.

Hoy vengo a decirles: ese debate se acabó.

Las decisiones que tomamos fueron acertadas. Ya no somos la capital mundial de la muerte y lo conseguimos en muy poco tiempo.

Hoy somos un referente de seguridad y nadie lo pone en duda. Ahí están los resultados. Son irrefutables.

En El Salvador hicimos lo correcto para El Salvador.

Y ahora que gozamos de este nivel de seguridad, hemos podido abrir nuestro país al mundo entero.

Solo este año, recibimos a miles de atletas en los Juegos Centroamericanos y del Caribe; somos el epicentro mundial del surf; acabamos de firmar un acuerdo con Google para digitalizar el Estado y servicios como educación y salud; cada vez tenemos más turismo, interno y externo; cada vez más gente quiere venir a conocernos y a invertir.

Muchos salvadoreños en el exterior que pasaron años sin poder volver por la inseguridad, ya están invirtiendo en el país o tienen planes para regresar.

De acuerdo a un estudio realizado en 2022 por la Organización Internacional para las Migraciones, de estas mismas Naciones Unidas, más del 60% de los salvadoreños que residen en los Estados Unidos, tienen la intención de regresar a El Salvador en algún momento.

Falta mucho para lograrlo, pero estamos en camino a conseguir nuestra meta de revertir el éxodo masivo de salvadoreños, producto de las políticas equivocadas del pasado, y llegar a tener migración inversa. Que más salvadoreños regresen a El Salvador, de los que salgan. Y los mismos estudios de las Naciones Unidas, ya lo vaticinan.

Dentro de unos meses, seremos sede de Miss Universo. Un certamen que nos pondrá nuevamente en los ojos del mundo, que atraerá más turismo y más inversión.

Además de todo eso, estamos construyendo más y mejores relaciones con países aliados, que quieren apoyarnos a construir nuestro país.

Y no estoy diciendo esto solo por alardear, aunque sí me siento orgulloso de todo lo que hemos logrado.

Lo estoy diciendo porque este es un ejemplo de lo que todos los países pueden lograr cuando comienzan a hacer valer su soberanía.

Mírennos a nosotros: De ser reconocidos por la violencia, hoy nos reconocen por nuestros paisajes, por nuestras olas y, sobre todo, por nuestra valentía.

Hoy el mundo puede ver todo nuestro potencial.

Tenemos un país lleno de maravillas por ofrecer.

Los que nos visitan pueden desayunar en la playa y surfear olas de categoría mundial, en un mar que tiene agua con temperatura perfecta todo el año. Almorzar en la montaña, donde pueden probar el mejor café del mundo, con nuestros soberbios volcanes y hermosos lagos como paisaje; y cenar en la capital, con toda la modernidad y comodidad y, ahora, con la seguridad que muchas ciudades del primer mundo desearían tener.

Y pueden hacer todo eso en un mismo día.

Pero lo mejor que encontrarán es nuestra gente amable, trabajadora, que siempre está buscando hacer algo nuevo.

Cuando se animen a visitar nuestro país, se darán cuenta que los salvadoreños estamos orgullosos de ser salvadoreños. Algo que hace unos años no sucedía.

El Salvador está renaciendo, porque nos atrevimos a desafiarnos a nosotros mismos y decidimos que nada ni nadie nos dirá qué hacer.

Estamos todavía muy lejos de donde queremos llegar, pero seguiremos trabajando duro y tomando nuestras propias decisiones, para que podamos alcanzar la grandeza que anhelamos.

Creemos que el mundo entero también necesita renacer, pero eso será decisión de cada pueblo.

Nosotros, en El Salvador, estamos dando el ejemplo. Marcando un camino, por si alguien más lo quiere recorrer.

Muchas gracias. Y que Dios bendiga a todas las naciones del mundo.